

Internet no es lo que crees que es

Una historia, una filosofía, una advertencia

Colección Teorema
Serie mayor

Justin E. H. Smith

Internet no es lo que crees que es

Una historia, una filosofía, una advertencia

Traducción de Lucas Álvarez Canga

CÁTEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
The Internet Is Not What You Think It Is

1.ª edición, 2024

Ilustración de cubierta: Ana Coco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2022 by Justin E. H. Smith, 2024
© De la traducción: Lucas Álvarez Canga, 2024
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 32.53-2024
ISBN: 978-84-376-4757-9
Printed in Spain

Índice

INTRODUCCIÓN. «¡Calculemos!»	11
CAPÍTULO PRIMERO. Una súbita aceleración	23
Nuestro momento crítico	23
Prestar atención	29
Ser un artillero	45
La tragicomedia de los bienes comunes privados	55
CAPÍTULO 2. La ecología de internet	63
Señales	63
«Todas las cosas conspiran»	65
La técnica de la naturaleza	71
Clic cetáceo y clic humano, o el problema de los adoptadores tardíos	75
«Veo un vestigio del hombre»	82
CAPÍTULO 3. El motor de cálculo y la máquina de pensar	89
Intencionalidad	89
«No les importa un comino»	92
Oscuras conjuraciones	103
Los principios rectores de la actualidad	114
CAPÍTULO 4. «¿Cómo de estrechamente tejida está la red?»: internet como telar	125
Urdimbre y trama	125
Tejido algebraico	128

¿Por qué importan las metáforas?	140
Hilos	145
CAPÍTULO 5. Una ventana al mundo	149
Pensamientos no confinados	150
El libro del mundo	156
¿Vemos a través de internet?	161
La rueda infinita de libros	165
AGRADECIMIENTOS	171
BIBLIOGRAFÍA	173
ÍNDICE ONOMÁSTICO	181

Ahora bien, esta conexión o adaptación de todas las cosas creadas con cada una, y de cada una con todas las demás, significa que cada sustancia simple tiene relaciones que expresan todas las demás y que, en consecuencia, es un perpetuo espejo vivo del universo.

G. W. LEIBNIZ (1716)

Aquellos que... piensan en la verdad matemática como el instrumento a través del cual la mente débil del hombre puede leer de la forma más efectiva las obras de su Creador considerarán con especial interés todo lo que pueda tender a facilitar la traducción de sus principios a formas prácticas explícitas.

ADA LOVELACE (1843)

Esta es la lucha con la descripción de las redes sociales: devora la importancia.

LAUREN OYLER, *Fake Accounts* (2021)

INTRODUCCIÓN

«¡Calculemos!»

«Fortalecer nuestro tejido social y conectar el mundo». Esta, mantiene Mark Zuckerberg, CEO de *Facebook Corporation*, es la razón de ser de su empresa. Sin embargo, no es necesaria una mente especialmente crítica para darse cuenta de que fortalecer el tejido social y conectar el mundo no es, de hecho, lo que está haciendo *Facebook*. No, *Facebook* y las otras grandes tecnológicas están, claramente, desgarrando el tejido social, reduciéndolo a meros hilos y separando a las personas.

Simplemente, enciende tu ordenador y sorpréndete con las noticias del día, con toda la gente enfadada que, oculta detrás de sus avatares, discute entre sí, o con los bots, sobre las noticias y sobre su significado. Comprueba cómo la política global y local se ha corrompido hasta llegar a ser una forma de guerra implacable de desinformación. Contempla las campañas organizadas de troles que fomentan la violencia contra grupos minoritarios a lo largo del mundo. Observa el acoso a disidentes políticos mediante campañas masivas realizadas desde abajo, y la represión de los mismos disidentes mediante la vigilancia desde arriba. Vuelve a 2016 y contempla las tecnologías de las nuevas grandes tecnológicas movilizadas para impulsar un trol de dudosa reputación patrocinado por internet hasta el despacho del país más poderoso del mundo. Tiembla ante la ira de los adictos *online* que se juntan a diario en busca de nuevos objetivos: alguien pillado en un vídeo en un momento de indiscreción,

que es a continuación *doxxed* de forma sumaria (esto es, que se revela en internet su información personal), avergonzado, despedido o enviado al ostracismo; algunos adultos jóvenes en la cúspide de su éxito a los que se humilla mostrando que habían usado un lenguaje de odio en el chat de un foro cuando eran unos adolescentes; algún despistado *normie* (jerga para una persona normal, común, ignorante de los ritmos e información privilegiada de la cultura *online*) ridiculizado sin piedad por no haber adoptado aún la terminología de un grupo identitario dado que solamente fue ratificado por las vanguardias de las redes sociales poco tiempo antes. No hay evidencias de que alguien tenga un plan claro, o el poder necesario, para mitigar el caos que han desatado estas tecnologías. Estamos viviendo en un momento de crisis de la historia, en el verdadero sentido de «crisis»: las cosas pueden mejorar eventualmente, pero nunca volverán a ser lo mismo.

Tan recientemente como hace diez o quince años, todavía se podía esperar de forma sincera que internet pudiera ayudar a «conectar a las personas y a fortalecer el tejido social». Cuando las revoluciones de la llamada Primavera Árabe comenzaron a estallar, muchos de nosotros, incluso yo mismo, declaramos que este era el poder de las redes sociales libres de ataduras, aclamando una nueva era de democracia e igualitarismo a lo largo y ancho del mundo.

El arco de tales esperanzas utópicas es grande, y solamente se ha inclinado de forma decisiva en la dirección de la derrota en la última década. El sueño de una sociedad gobernada de forma racional, liberada de conflictos humanos pasionales mediante la externalización a las máquinas de los procedimientos de toma de decisiones es algo que ya había articulado el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz en una época tan temprana como la década de 1670. En un texto en el que desarrolla un lenguaje artificial y formal para la expresión exacta de todos los términos del lenguaje natural, el filósofo vislumbra un futuro cercano en el que, «si surgieran controversias, no tendríamos más necesidad de disputa entre dos filósofos que entre dos máquinas de calcular. Pues les bastaría tomar los lápices en sus manos, sentarse frente a un ábaco y decirse el uno al otro: *¡Calculemos!*»¹. El «ábaco» en cuestión no es un ábaco real, sino cualquier herramienta que pueda ayudar en el procesamiento del lenguaje formal, aunque en principio Leibniz tam-

¹ Leibniz, *Die philosophischen Schriften von G. W. Leibniz*, vol. 7, 125.

bién cree, como da a entender en este pasaje, que el lenguaje se puede desplegar usando solamente una pluma y papel (al igual que alguien puede hacer una larga división bien sea a mano, o bien usando algún tipo de calculadora).

Este uso exhortativo de la primera persona del plural del verbo latino «calcular» (*¡Calculemus!*) también puede servir como *motto* del optimismo leibniziano, de la creencia de que todos los problemas se pueden resolver simplemente mediante la clarificación de nuestros términos y siguiendo racionalmente las consecuencias lógicas de nuestros compromisos. Este optimismo se extiende no solamente a las disputas entre filósofos que discuten de abstracciones sobre la naturaleza de la sustancia o la inmortalidad del alma, sino también a los diplomáticos que representan a los imperios que están al borde de la guerra. Para Leibniz, el desarrollo de un lenguaje universal es una parte clave del logro inminente de la paz mundial, una parte que continuaría capturando las imaginaciones de una forma más popular bien entrado el siglo xx, cuando los activistas en pro de la paz de varias corrientes recurren a menudo a los lenguajes artificiales como el esperanto, el volapük y el ido, algunos de los cuales, en particular Bertrand Russell (un defensor del ido), también tienen una gran deuda filosófica con Leibniz².

La historia de los lenguajes artificiales y la historia de la computación van de la mano y, a pesar del dispositivo de cálculo desarrollado por Leibniz (del que hablaremos en varias ocasiones más adelante), solo estaba destinado para los cálculos aritméticos, él entendió perfectamente que, en principio, una máquina de ese tipo también podría usarse para procesar cualquier información. En parte, esta comprensión se profundizó mediante sus importantes contribuciones al desarrollo del cálculo binario, que permite codificar cualquier proposición en una secuencia de ceros y unos y, a continuación, procesar el lenguaje usando las mismas herramientas que con las que también podemos procesar números. En parte, la conciencia de Leibniz de la posibilidad de tener máquinas que lleven a cabo operaciones con conceptos, y no simplemente máquinas numéricas, provino del hecho de que él ya estaba trabajando sobre tales dispositivos en una tradición de pensamiento con siglos de antigüedad, algunos de los cuales eran meramente fantásticos, otros puede que hayan existido realmente.

² Véase Soto, *Esperanto and Its Rivals*.

Así las cosas, a comienzos del siglo xiv, el polímata mallorquín Ramón Llull diseñó una máquina hecha de papel que consistía en varios discos concéntricos marcados con símbolos en los bordes que denotaban varios atributos de las sustancias. Al rotar estos discos se podría, esperaba Llull, estudiar exhaustivamente todas las posibilidades combinatorias de todos los tipos de ser en (y más allá) el mundo. Leibniz tomó a Llull como un importante predecesor en la historia del procesamiento de lenguajes formales, y Llull tuvo también sus propios predecesores influyentes, en particular Aristóteles, así como otras fuentes de las tradiciones místicas judía e islámica de Al-Ándalus. A pesar de que podríamos estar tentados a considerar a Leibniz, quizás junto con su contemporáneo Blaise Pascal, como el «padre» de la ciencia computacional, en realidad los ordenadores no tienen padre, ni madre; y, para cualquier punto de partida que podamos elegir en la historia, siempre encontraremos otros predecesores con quienes el pensador que está en ese punto de partida ya había mantenido diálogo con ellos, a quienes esa persona estaba respondiendo y que le han servido como sus propios puntos de partida.

Lo que ocurre con Leibniz es que no es realmente el comienzo de nada, sino más bien (una metáfora a la que volveremos con frecuencia) es el que *entreteje* varias ideas creando un filamento lo suficientemente grueso como para poder servir más adelante de hilo conductor a lo largo del resto de la historia moderna hasta la actualidad: la idea de que el lenguaje natural se puede formalizar; la idea de que el lenguaje formal puede ser procesado por máquinas; la idea de que la razón humana puede externalizarse a estas máquinas para que tomen decisiones por nosotros; la idea de que todas las cosas están interconectadas y que, por lo tanto, el cambio de una cosa en el mundo es capaz de provocar un cambio instantáneo en todas las demás, sin importar la distancia física; la expectativa de que podemos trabajar de forma colectiva con el objetivo de crear un compendio compartido públicamente de todo el conocimiento para la mejora de todo el conjunto de la humanidad; la creencia de que los individuos buscan e incrementan el conocimiento trabajando dentro de una red mucho más grande en la que participan otras personas de pensamiento similar; la convicción de que el trabajo colectivo, ayudado por las máquinas, con el objetivo de conseguir que la razón como principio rector de la sociedad conduzca a una nueva era de ilustración y paz duraderas.

A pesar de que este no es un libro específico sobre Leibniz, se ocupará de él en repetidas ocasiones. Incluso cuando no es el tema de dis-

cusión, hay una convicción implícita de que él, más que cualquier otro pensador moderno, representa el espíritu de internet, los ideales que guiaron al primer periodo de su desarrollo y, quizás, la mayor esperanza de su futuro definitivo. Pero el primitivo espíritu leibniziano de internet, a medida que se extiende, digamos, desde alrededor de 1678 hasta alrededor de 2011, ha caído últimamente en peligro existencial. La llamada a «calcular» no ha conllevado la paz mundial. Eso está lejos, muy lejos. Leibniz, con todo el respeto, fue demasiado optimista.

El «pesimismo» por lo que respecta a la promesa de nuevas tecnologías que mejoren nuestra condición no es algo nuevo, por supuesto. Hasta el día de hoy, no importa lo cuidadosa que sea una persona a la hora de articular razones sólidas, puede, con todo, arriesgarse a que la llamen «ludita» en respuesta a las preocupaciones sobre la mecanización, recordando la resistencia radical de Ned Ludd (probablemente ficticia) contra la cada vez mayor fuerza de trabajo robótica que ya comenzó a surgir a comienzos de la Revolución Industrial (aunque, por supuesto, no se les llamara así por entonces). A principios de los años 60 del pasado siglo, Norbert Wiener era muy consciente de que los posibles resultados apocalípticos de la tecnología moderna podrían resultar simplemente de nuestra pérdida de control sobre las máquinas a las que hemos externalizado ciertos procesos de toma de decisiones, y así enseñar a una máquina a jugar al ajedrez puede que ya le otorgue más responsabilidad de la que pueda asumir sobre la guerra, la paz y el destino de la humanidad. «No hay nada más peligroso de contemplar que la Tercera Guerra Mundial», escribe Wiener en un capítulo adicional a la segunda edición de su *Cibernética (Cybernetics)*, al que volveremos a lo largo de este libro³. Y añade: «Merece la pena considerar si parte del peligro puede no ser intrínseco al uso desprevenido de las máquinas de aprendizaje automático»⁴.

Un recelo general hacia la tecnología moderna impregna gran parte de las filosofías existencial y fenomenológica de mediados del siglo xx, normalmente, como en el caso de Martin Heidegger, con matices incómodos y, a veces, con afirmaciones rotundamente explícitas del conflicto entre, por una parte, la mejora tecnológica de nuestras vidas sociales y, por otra, la vida «auténtica». Este pesimismo continúa resonando

³ Wiener, *Cybernetics*, 175.

⁴ *Ibid.*

do en el compromiso psicológico, psicoanalítico y científico social de finales del siglo xx con el problema de la «alienación» moderna y las formas en las que los avances tecnológicos nos privan de nuestros vínculos humanos y las conexiones naturales que hacen que la vida tenga sentido. En los años 70, sociólogos como Manfred Stanley advirtieron contra el auge del «tecnicismo» a la hora de interpretar las acciones y motivaciones humanas y, al hacerlo, fueron criticados por otras personas por su «pesimismo». Pero, como Stanley, y a diferencia de Heidegger o alguna caricatura de lo «ludita», estoy interesado aquí en «evitar histerias apocalípticas de fatalidad y salvación en favor de análisis más sosegados»⁵. A pesar de estar fuertemente opuesto a la «mistificación tecnicista de la conciencia personal bajo las condiciones de la civilización industrial moderna»⁶ y la preocupación por salvar la «dignidad humana» bajo estas condiciones⁷, estoy igualmente preocupado por mostrar que el mayor problema no es un determinismo tecnológico imparable, o un determinismo que solo se pueda contrarrestar al «darle al botón de apagar», sino clarificar la naturaleza de la fuerza con la que estamos compitiendo y comprender los límites de la reflexión que procede de la analogía entre seres humanos y máquinas. El enfoque de Stanley se realiza en gran parte a través del análisis del lenguaje, mientras que el mío lo hace a través de la historia, pero, en ambos casos, el objetivo es participar en una crítica lúcida evitando las trampas del pesimismo o el apocalipsis de la autenticidad.

* * *

He estado usando el término «internet» de una forma abiertamente no técnica. Internet, después de todo, es la red de redes al completo que están conectadas por el paquete de protocolos de internet. La «World Wide Web» a la que accedemos normalmente a través de nuestros navegadores usuales es solamente una pequeña parte de esta red, y los sitios que tendrán para nosotros el principal interés en las páginas que vienen a continuación son solo una pequeña parte de aquello a lo que podemos acceder en la World Wide Web. Mi preocupación aquí no reside en estudiar las implicaciones sociales de nuestra nueva capacidad

⁵ Stanley, *The Technological Conscience*, xi.

⁶ *Ibid.*, xiii.

⁷ *Ibid.*

de acceso, pongamos por caso, a los manuscritos medievales digitalizados en posesión de la *Bibliothèque Nationale* de París (a pesar de que tales nuevas posibilidades se convierten en el centro de atención en el capítulo 5), sino en los sitios más habituales que usan diariamente miles de millones de personas: Facebook, Google y demás. Así, «internet» funciona como un tipo de sinécdoque invertida: el término continente mayor es el que está en lugar del término contenido más pequeño. La razón para adoptar esta terminología es que parece encajar con el uso real entre los hablantes habituales del inglés⁸; en Twitter, por ejemplo, a menudo se encuentran usuarios que declaran de forma exasperada que sus antagonistas necesitan ser «expulsados de internet» y «que se piren». Aquí no implican realmente internet al completo: quieren decir Twitter.

Por decirlo de otra manera, lo que me interesa aquí es el «internet fenomenológico»: el que conocemos de forma directa a través de lo que vemos y el que describimos normalmente mediante ese nombre. Mi primer uso de «internet» data de un cierto día en 1997, que fue la primera vez que vi una página de inicio basada en HTML, a pesar de que, antes de eso, había estado enviando correos durante cinco años y me había conectado al servicio de ordenador en red conocido como «*The Source*», en el antiguo Kaypro de mi padre, conectando nuestro teléfono fijo a un módem auxiliar de ventosa, en fecha tan temprana como 1980. Parece terminológicamente razonable seguir el uso actual, y parece conceptualmente justificado centrarse en el pequeño rincón de internet que es fenomenológicamente más importante para la vida humana, del mismo modo que, cuando hablamos de la «vida en la Tierra», a menudo tenemos en mente sobre todo a humanos y animales, a pesar de que, en términos de biomasa total, la vida vegetal de la Tierra sea doscientas veces mayor que la de todos los animales juntos. Los animales son una pequeña astilla de vida en la Tierra y, aun así, son principalmente a lo que nos referimos cuando hablamos sobre la vida en la Tierra. Las redes sociales son una pequeña astilla de internet, sin embargo, son a lo que nos referimos cuando hablamos de internet, ya que es en ellas donde la vida existe en internet.

* * *

⁸ Y también del castellano. (*N. del T.*)

Imaginemos, si somos capaces, un futuro no tan distante en el que internet, o algún representante adecuado de esta entidad difusa, se encuentra en el banquillo de los acusados por causar todos los daños que ha desencadenado sobre nuestro frágil mundo. No nos centremos en sus transgresiones menores, en las industrias concretas que ha eliminado o amenazado con eliminar: el periodismo, la música, el cine, la educación superior, la edición. En tales casos solo estamos viendo lo que a los entusiastas tecnológicos les gusta llamar «disrupción», del tipo que presenciamos tras la introducción de cualquier tecnología nueva. Al igual que la fotografía disrumpió diferentes prácticas, incluyendo la ilustración de libros, el retrato y demás, sin atrofiar o limitar nuestra capacidad de representar el mundo a nuestro alrededor, de la misma manera, para casi cualquier práctica humana amenazada por internet, estamos ya siendo testigos de nuevas prácticas emocionantes y prometedoras que expanden más que encogen nuestro potencial. Por ejemplo, los periódicos fueron buenos en su día, pero no hay nada en la diseminación electrónica de noticias que sea, en principio, incompatible con el bien social proporcionado una vez por el viejo periódico de confianza.

Las acusaciones principales contra internet que merecen aquí nuestra atención tienen que ver, por el contrario, con los modos en los que ha limitado nuestro potencial y nuestra capacidad para prosperar, las formas en las que ha distorsionado nuestra naturaleza y nos ha encadenado. Enumerémoslas.

En primer lugar, internet es adictivo y, en consecuencia, incompatible con nuestra libertad, concebida como el poder de cultivar vidas significativas y proyectos orientados al futuro en los que nuestros deseos a largo plazo y de mayor nivel guían nuestras acciones, en vez de los deseos a corto plazo y de primer orden. En segundo lugar, internet funciona con algoritmos, y conforma las vidas humanas de forma algorítmica, y las vidas humanas bajo la presión de los algoritmos no mejoran, sino que más bien se deforman y empobrecen; en la medida en que no podemos sino ajustarnos a ellos, experimentamos una reducción de nuestra libertad. En tercer lugar, hay poca o ninguna supervisión democrática con respecto a cómo funcionan las redes sociales, a pesar de que su función en la sociedad se ha desarrollado hasta llegar a ser algo mucho más parecido a un bien público, como el agua corriente, que a un servicio privado típico, como la limpieza en seco. De este modo, las empresas privadas han pasado a ocuparse del cuidado

de las funciones básicas necesarias para la sociedad civil, pero sin asumir ninguna responsabilidad real ante la sociedad. Esto constituye también una disminución de la libertad política de los ciudadanos en un sistema democrático, entendido esto como el poder para contribuir a tomar decisiones relacionadas con nuestra vida social y bienestar colectivo. Lo que dijo Michael Walzer del socialismo podría también decirse de la democracia: «Lo que afecta a todos lo deben decidir todos»⁹. De acuerdo con este cálculo, internet es enormemente antidemocrático. En cuarto lugar, internet es ahora un dispositivo de vigilancia universal, y también por esta razón es incompatible con la preservación de nuestra libertad política.

Tendré más que decir sobre algunas de estas acusaciones que sobre otras. Estoy particularmente interesado en la primera de ellas, el poder adictivo de internet, que es una dimensión de lo que podemos denominar «la crisis de la atención». Pero todas ellas se solapan de formas complejas: cada vez más, por ejemplo, el comportamiento en redes sociales en forma de *likes* para ciertas canciones o artistas, que solo podrían merecer la atención de alguien como resultado de procesos algorítmicos sobre los cuales no tenemos ni voz ni voto, puede también, a su vez, colocar a una persona bajo el radar de las fuerzas de seguridad o de los aparatos de seguridad del Estado como un terrorista potencial, miembro de una mafia u otros tipos de indeseables socialmente desfavorecidos.

Todas las acusaciones más importantes se relacionan entre sí. Además, en contraste con los cargos menores que estamos pasando por alto en relación con la destrucción de esta o aquella industria o forma de arte, los cuales implican, de nuevo, una amenaza a la libertad humana. La libertad es un concepto difícil, en parte porque existen muchos tipos diferentes de ella. Un uigur en un campo de detención chino, o un migrante en Texas con un monitor de tobillo ICE, no es libre y tampoco lo es, en un sentido diferente pero relacionado de alguna manera, un montañista cuya pierna está atrapada bajo un árbol caído. Un adicto a la heroína tampoco es libre, en otro sentido diferente pero relacionado, y tampoco lo es un trabajador asalariado, un haragán tan fascinado por las telenovelas como para no darse cuenta nunca de su potencial humano innato ni cualquier otra persona que, debido a la debilidad de su voluntad o a fuerzas externas objetivas, no logra convertirse en lo que podría haber

⁹ Walzer, «Town Meetings and Workers' Control», 273-90, 274.

sido, no alcanza el florecimiento humano pleno. Todos carecemos de libertad en alguno de estos sentidos. La acusación aquí es que internet contribuye a la limitación de la libertad en todos estos aspectos. Como tal, internet es antihumano. Si lo pudiéramos llevar a juicio, su crimen sería un crimen contra la humanidad.

No siempre se esperó que las cosas resultaran de esta manera. Descubrir qué fue lo que salió mal será la preocupación principal de este libro, pero, para hacerlo, necesitaremos reflexionar en profundidad más allá de los efectos que internet ha provocado en la política, la cultura y la economía en los últimos años. Este terreno ya se ha cubierto bien gracias a muchos lúcidos académicos y críticos. Más bien necesitamos centrarnos en lo que es internet, ontológicamente hablando, en la naturaleza de esta cosa nueva que ya damos por sentada con tanta facilidad. También tendremos que centrarnos en lo que es internet genealógicamente hablando, en su lugar en la amplia extensión de la historia humana e, incluso, natural. Solo así podremos comenzar a vislumbrar en qué puede convertirse internet.

* * *

Conviene decir algunas palabras en relación con la «metodología». Este libro les parecerá peculiar a algunos lectores, en el sentido de que propone ser una «filosofía de internet» y, sin embargo, se pasa la mayor parte del tiempo preocupándose por pensadores, textos y problemas de hace siglos. Se hace así a propósito: *es* la metodología. Por formación, soy historiador de la filosofía de la ciencia y, desde hace mucho tiempo, tengo especial interés por la intersección de la filosofía y las ciencias humanas en la Europa de los siglos xvii y xviii, así como por la estética filosófica y los diversos puntos de encuentro, a lo largo de la historia, entre la filosofía, la ciencia y el arte. También siento una fuerte simpatía por algunas partes de la obra de Michel Foucault, quien comprendió bien que algunos problemas se estudian mejor de forma genealógica, esto es, que llegamos a comprender la esencia de una cosa mediante la comprensión de cómo se desarrolló a lo largo de la historia. En algunos aspectos, esta es una contribución al género de erudición que Ian Hacking denominó «ontología histórica»¹⁰; a saber, que la historia se debe contemplar como una disci-

¹⁰ Hacking, *Historical Ontology*.

plina de importancia capital para cualquier esfuerzo por comprender las cosas en general o la naturaleza de una cosa dada. Así, por ejemplo, si se quiere presentar una «filosofía del cine» (¡una empresa tan anticuada!), si se quiere ofrecer una perspectiva de lo que es el cine en su esencia, se debe pasar mucho tiempo considerando cosas como los juegos de sombras del siglo XIX y las técnicas narrativas de novelistas como Balzac o Flaubert.

Sin embargo, a diferencia de Foucault, no estoy tan dispuesto a aceptar la idea de que cada época histórica se caracterice por «epistemes» propias y radicalmente distintas. Ciertamente, mi argumento sobre la historia de la tecnología señala más bien lo contrario, la dirección perenne: independientemente de los enormes cambios en tamaño, velocidad y organización de los dispositivos que usamos desde hace una década o siglo hasta el siguiente, lo que son estos dispositivos, y cómo conforman nuestro modo, ha sido básicamente lo mismo a lo largo del curso de la historia humana (y, como veremos, incluso más allá de esta). Así, el libro equivale a una especie de reversión de Foucault o, si se quiere, una genealogía perenne: poner la historia al servicio de una cosa lo suficientemente importante como para llamar la atención filosófica y determinar a través de esta investigación histórico-filosófica que la cosa es más o menos estable a lo largo de las edades, y no un producto discursivo atrapado en los confines de la episteme de una única época, incluso si la época actual se nos presenta con algunos desafíos verdaderamente novedosos.

En este breve libro trataremos una amplia gama de temas y épocas, permitiéndonos quedarnos lejos de algunas de las cuestiones que los usuarios de internet y los analistas tecnológicos actuales consideran más urgentes: el poder desmedido de los monopolios tecnológicos; el racismo incrustado en las aplicaciones de seguridad, redes sociales y algoritmos de calificación crediticia con IA; las variaciones sobre el problema del tranvía a las que dan lugar los vehículos autónomos; la epidemia de desinformación y la consecuente crisis de autoridad epistémica en nuestra cultura; las masas de internet y las guerras culturales, y así sucesivamente, *ad nauseam*. En su mayor parte, este distanciamiento es intencionado. Este libro se describe a sí mismo como una «filosofía» de internet y, a pesar de que hay mucho desacuerdo sobre lo que esto pueda significar, la mayoría de nosotros puede, al menos, estar de acuerdo en que una filosofía de algo, sea lo que sea, tiene derecho a alejarse de esa cosa y considerarla en relación

con sus precedentes, o en relación con otras cosas junto con las que existe en una totalidad.

Pero no supongamos que alejarnos no puede contener ninguna lección práctica para la actualidad. Tal suposición es, en parte, cómo nos hemos metido en primer lugar en todo este meollo. Al considerar internet como un solucionador de problemas a corto plazo, nos hemos creado algunos problemas nuevos, enormes. Al permitir que internet nos obligue a prestar atención a un flujo constante de cosas diversas y triviales, nos hemos vuelto incapaces de centrarnos en lo monolíticamente importante que es internet.